

Cuadernos de la Lectio, n.º 7 enero-junio · 2018

Mi biblioteca

Juan Gustavo Cobo Borda



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTE
Departamento de Creación Literaria

DESEMPACO MI BIBLIOTECA. Un discurso sobre el coleccionismo¹

Walter Benjamin

Desempaco mi biblioteca. Sí. No están aún en los estantes, no han sido tocados aún por el moderado tedio del orden. No puedo pasar revista por sus filas de arriba a abajo ante la presencia de alguna audiencia amigable. No deben temer nada de eso. En cambio, debo pedirles que me acompañen entre el desorden de las cajas recién abiertas, el aire saturado de aserrín, el suelo cubierto de papel roto; acompañenme entre las pilas de volúmenes que ven de nuevo la luz después de dos años de tinieblas, para que principiemos por compartir parte del clima de tensión (en absoluto no elegíaco) que despiertan estos libros en el coleccionista genuino. Ya que este es quien les habla ahora, y en un examen más riguroso se mostrará hablando solo sobre sí mismo. ¿No será acaso presuntuoso de mi parte, si, con el propósito de parecer convincentemente objetivo y práctico, enumerara para ustedes las principales secciones o las piezas-trofeo de mi biblioteca, si les presentara su historia o incluso su

1 Título original: "Ich packe meine Bibliothek aus. Eine Rede über das Sammeln". Traducción y notas por A. Martín López Saldaña.

utilidad para algún escritor potencial? Yo, por mi parte, tengo en mente algo mucho menos oscuro, algo más palpable que eso; lo que me preocupa realmente es darles alguna idea sobre la relación entre el coleccionista de libros y sus posesiones, sobre el coleccionar más que sobre la colección. Es totalmente arbitrario que para ello me refiera a las variadas formas de adquirir libros. Este o cualquier otro procedimiento funciona solamente como un dique en contra del torrente de recuerdos que surge ante cualquier coleccionista al contemplar sus posesiones. Toda pasión limita con lo caótico, pero la pasión del coleccionista limita con el caos de los recuerdos. Más que eso: la oportunidad, el destino, que antepone el pasado ante mis ojos están visiblemente presentes en la confusión cotidiana de estos libros. Pues, ¿qué otra cosa es esta colección sino un desorden al cual el hábito mismo ha acomodado hasta el punto de hacerlo parecer como orden?

Ya todos habrán oído sobre personas a las que la pérdida de sus libros los ha convertido en desvalidos, o sobre aquellos que para adquirirlos se han vuelto criminales. Precisamente estas son las áreas en las que cualquier orden no es más que un acto de equilibrio al filo del abismo. Anatole France² dijo: "El único conocimiento exacto que hay es el conocimiento sobre la fecha de publicación y el formato de los libros". Y claro, si existe una contraparte a la confusión de una biblioteca, ella está en el orden de su catálogo.

Por lo tanto, en la vida del coleccionista hay una tensión dialéctica entre los polos del orden y el desorden.

Naturalmente, su existencia está también ligada a muchas otras cosas: una extraña relación de pertenencia (algo acerca de lo cual trataremos más adelante); asimismo, una relación con los objetos que no enfatiza su valor funcional, utilitario —esto es, su utilidad—, sino que los estudia y los ama como la escena, como el escenario de su destino. La fascinación más intensa para el coleccionista está en encerrar los objetos individuales en un círculo mágico en el cual quedan congelados una vez que la última emoción, la emoción de su adquisición, pasa sobre ellos. Cada cosa recordada y pensada, todo lo consciente, se convierte en el pedestal, en el marco, la base, el candado de sus propiedades. El periodo, la región, la manufactura, los dueños anteriores; para un verdadero coleccionista todo el trasfondo de un objeto se agrega en una enciclopedia mágica cuya quintaesencia es el destino de sus objetos. En este contexto, entonces, es que se puede entender cómo los grandes fisionomistas —y los coleccionistas son fisionomistas del mundo de los objetos— se hicieron grandes intérpretes del destino. Solo basta con observar a un coleccionista manipular los objetos en su gabinete. Al sostenerlos en sus manos, parece estar

2 Anatole France fue el seudónimo del escritor francés Anatole François Thibault (1844-1924).

viendo a través de ellos su pasado distante como si estuviera inspirado. Suficiente del lado mágico del coleccionista —de lo que podría decirse su imagen de la vejez. *Habent sua fata libelli*³: estas palabras pueden haber sugerido una declaración general acerca de todos los libros. Así, libros como *La divina comedia*, *La ética de Spinoza*, y *El origen de las especies* han tenido sus destinos. Un coleccionista, sin embargo, interpreta el refrán latino de forma diferente. Para él, no solo los libros sino los ejemplares de los libros tienen sus destinos. Y en este sentido el destino más importante de un ejemplar es su encuentro con ella, con su propia colección. No exagero al decir que para el verdadero coleccionista la adquisición de un libro viejo es el renacimiento de ese objeto. Este es el elemento infantil, que en el coleccionista se mezcla con el elemento de la vejez. Porque los niños pueden lograr la renovación de la existencia de una cosa de un ciento de modos infalibles. Entre los niños, coleccionar es solo uno de los procesos de renovación; otros procesos incluyen pintar los objetos, recortar sus figuras, la aplicación de calcomanías; todo el rango de formas infantiles de adquisición, desde tocar las cosas hasta darles nombres. Renovar el viejo mundo: este es el deseo más profundo del coleccionista cuando se ve impulsado a adquirir nuevas cosas, y ese es el porqué de que un coleccionista de libros viejos esté más cerca de lo esencial del coleccionar que el coleccionista de ediciones de lujo. ¿Cómo los libros pasan la barrera de una colección y se hacen propiedad de un coleccionista? La historia de su adquisición es el objeto de las siguientes reflexiones.

De todos los modos de adquirir libros, escribirlos uno mismo es considerado el método más digno de alabanza. En este punto muchos de ustedes recordarán con placer la inmensa biblioteca que Wuz, el pobre maestro de escuela de Jean Paul⁴, adquirió gradualmente al escribir, él mismo, todos los trabajos cuyos títulos en catálogos de ferias de libros le resultarían interesantes; después de todo, él no tenía los medios para comprarlos. Los escritores son realmente personas que escriben libros no porque sean pobres, sino porque están insatisfechos con los libros que pueden comprar pero que no les gustan. Ustedes, damas y caballeros, podrían considerar esta como una definición caprichosa de un escritor. Pero es que todo lo dicho desde el punto de vista del coleccionista verdadero resulta caprichoso. De los modos comunes de adquirir libros, el más apropiado para el coleccionista sería el de pedir un libro en préstamo sin que este tenga su correspondiente devolución. El auténtico prestatario de categoría, que consideramos aquí, demuestra ser un coleccionista empedernido no tanto por el fervor con el que guarda sus tesoros prestados,

3 *Habent sua fata libelli* [los libros tienen su destino]: parte de un verso de la obra *De litteris and De syllabis*, de metris compuesta por el gramático latino de origen africano Terenciano Mauro.

4 Jean Paul fue el nombre que adoptó el escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter (1763-1825), autor de la novela corta *Leben des vergnügten Schulmeisterlein Maria Wutz in Auenthal* [*Vida del alegre maestrillo Maria Wutz en Auenthal*], a cuyo protagonista alude Benjamin.

ni por los oídos sordos que opone a cualquier recordatorio de la legalidad proveniente desde el mundo cotidiano, sino porque no lee estos libros. Si mi experiencia ha de servir como evidencia, un hombre está más dispuesto a devolver un libro prestado, que a leerlo. Ustedes objetarán: ¿Y la no-lectura de libros debe ser característica de los coleccionistas? Podrían decir que para ustedes estas son novedades. No lo son en absoluto. Los expertos me apoyarán cuando digo que es la cosa más vieja del mundo. Sea suficiente aquí con citar la respuesta que Anatole France tenía preparada para las personas vulgares que admirando su biblioteca terminaban con la pregunta de rigor:

—¿Y usted ha leído todos estos libros, señor France?

—Ni la décima parte. ¿Supongo que usted no usa su vajilla Sèvres todos los días?⁵

Por cierto, he puesto a prueba el derecho a tal actitud haciendo lo contrario. Durante años, por lo menos durante el primer tercio de su existencia, mi biblioteca consistió en no más de dos o tres repisas que crecían tan solo unas pulgadas cada año. Esta fue su época militante, en la que ningún libro era incluido sin la certificación de haber sido leído. De esa manera yo nunca hubiera adquirido una biblioteca lo suficientemente extensa para ser digna de ese nombre, de no haber sido por la inflación. De repente las prioridades cambiaron; los libros adquirieron valor real, o en todo caso, se hicieron difíciles de conseguir. Al menos así parecía ser en Suiza. A última hora envié mis primeros grandes pedidos de libros desde allí y de esta forma me fue posible conseguir ítems irremplazables como *Blauen Reiter*⁶ y *Sage von Tanaquil de Bachofen*⁷, que podían aún en ese tiempo obtenerse directamente de los editores. Ahora bien —podrían decir ustedes— después de explorar todos estos caminos deberíamos alcanzar finalmente la gran carretera de la adquisición de libros, es decir, la compra de libros. Esta es sin duda una vía muy amplia, pero nada cómoda. La compra realizada por un coleccionista de libros tiene muy poco que ver con la compra de libros que hace el estudiante de sus textos en una librería, con la compra del hombre de mundo que busca un regalo para su mujer, o la del hombre de negocios que busca alguna lectura para matar el tiempo de su próxima travesía en tren. Yo he realizado mis más memorables

-
- 5 Al parecer, en este pasaje Benjamin realizó una adaptación libre del siguiente texto: “[a los bibliófilos] creemos confundirlos diciéndoles que no leen sus libros. Mas uno de ellos ha respondido sin dubitación: ¿Y vosotros coméis en los antiguos platos que coleccionáis?” (*El jardín de Epicuro*. Buenos Aires: Biblioteca Las Grandes Obras. Sin año de edición. p. 57).
- 6 *Der Blaue Reiter* [El jinete azul]: Almanaque publicado en 1912 por el colectivo de artistas del mismo nombre, fundado en 1911 por los expresionistas Wassily Kandinsky y Franz Marc en la ciudad de Múnich. Contiene las reproducciones de más de 140 obras de arte, además de catorce ensayos y artículos.
- 7 “Sage von Tanaquil” [La leyenda de Tanaquil]: Ensayo del suizo Johann Jakob Bachofen (1815-1887).

compras en viajes, estando de paso. La propiedad y las posesiones pertenecen a la esfera de lo táctico. Los coleccionistas son personas con un instinto táctico; su experiencia les ha enseñado que cuando toman una ciudad desconocida, la más pequeña tienda de antigüedades puede servir de fortaleza, la más remota librería puede ser una posición clave. ¡Cuántas ciudades se han abierto ante mí durante las expediciones por la conquista de algún libro!

Ciertamente solo una parte de las compras más importantes se llevan a cabo durante la visita a un comercio de libros. Los catálogos juegan un papel fundamental. Y aun cuando el comprador puede estar ampliamente familiarizado con algún libro que se pueda pedir por catálogo, el ejemplar individual siempre sigue siendo una sorpresa y su pedido una apuesta. Hay dolorosos desengaños, pero también hallazgos felices. Recuerdo, por ejemplo, que alguna vez pedí un libro con ilustraciones coloreadas a mano para mi vieja colección de libros para niños solo porque incluía cuentos de hadas de Albert Ludwig Grimm⁸ y fuera publicado en Grimma, Turingia. Grimma era también el lugar de publicación de un libro de fábulas editado por el mismo Albert Ludwig Grimm. Con sus dieciséis ilustraciones, mi ejemplar de este libro de fábulas era el único ejemplo extenso del trabajo temprano del gran ilustrador alemán Lyser⁹, quien vivió en Hamburgo a mediados del siglo pasado. Pues bien, mi intuición ante la consonancia de nombres fue correcta. En el ejemplar pedido, titulado *Linas Märchenbuch*¹⁰ también descubrí la obra de Lyser, un trabajo que ha permanecido desconocido para los bibliógrafos y que merece una referencia más detallada que la primera que introduzco aquí.

La adquisición de libros no es de ninguna manera una cuestión solamente de dinero o de conocimiento experto. Ni siquiera ambos factores en conjunto pueden ser suficientes para establecer una verdadera biblioteca; esta siempre será en cierta medida impenetrable y al mismo tiempo típicamente única. Cualquiera que compre por catálogo debe tener talento además de las cualidades que ya he mencionado. Fechas, nombres de lugares, formatos, dueños anteriores, encuadernaciones, y cosas por el estilo: todos estos detalles deben decirle algo, no como hechos aislados, a secas, sino como un todo armonioso; dependiendo de la calidad e intensidad de esta armonía el coleccionista debe ser capaz de reconocer sin un libro es para él o no. Una subasta requiere un conjunto distinto de cualidades en el coleccionista. Para el lector de un catá-

8 Albert Ludwig Grimm (1786-1872), escritor, profesor y político alemán. Autor de varios libros de literatura infantil y juvenil. Aunque contemporáneo de los famosos hermanos Grimm, no guardaba ninguna relación con ellos.

9 Johann Peter Lyser fue uno de los varios seudónimos empleados por el escritor, músico, pintor, dibujante y crítico Ludewig Peter August Burmeister (1804-1870). Benjamin lo menciona reiteradamente en varios de sus escritos, entre ellos en *Viejos libros infantiles* (1924) y *Panorama del libro infantil* (1926).

10 *Lina's Märchenbuch* [El libro de los cuentos de hadas de Lina], editado probablemente en 1837.

logo, el libro mismo debe hablarle, o posiblemente sus dueños anteriores si es que el origen del ejemplar ha sido establecido. Un hombre que participe en una subasta debe prestar igual atención al libro y a sus competidores, además de mantener la cabeza fría para evitar dejarse llevar por la competencia. Es un hecho frecuente que alguien resulte comprometido en una costosa transacción solo por haber seguido subiendo el valor de sus ofertas, más para afirmarse a sí mismo que para adquirir el libro. Por otra parte, uno de los mejores recuerdos de un coleccionista es el del momento en el que rescata un libro al que nunca le había dedicado ni uno solo de sus pensamientos, ni mucho menos una sola de sus miradas deseosas, solo porque él lo encontró solitario y abandonado en algún mercado y decidió comprarlo para darle su libertad —del mismo modo en que el príncipe compra una hermosa joven esclava en *Las mil y una noches*. Verán, para un coleccionista la libertad de todos los libros está en algún lugar de sus estantes.

Hasta hoy, *La Peau de chagrin*¹¹ de Balzac se destaca entre las largas filas de los volúmenes en francés de mi biblioteca, como un recuerdo monumental de mi más emocionante experiencia en una subasta. Esto sucedió en 1915 en la subasta Rümman organizada por Emil Hirsch¹², uno de los más grandes expertos en libros y de los más distinguidos comerciantes. La edición en cuestión apareció en 1838 en París, place de la Bourse. Al coger mi ejemplar, veo no solo su número en la colección Rümman, sino también la etiqueta de la librería donde el primer dueño compró el libro hace noventa años por la octava parte de su precio actual. Dice: "Papeterie I. Flanneau". Una buena época donde era posible comprar obras magníficas como esta en un negocio de ese tipo. Porque los grabados de acero de este libro fueron diseñados por el más destacado artista gráfico francés¹³, y llevados a cabo por los más notables grabadores. Pero debo regresar ahora a la historia acerca de cómo conseguí este libro. Había ido con Emil Hirsch para una inspección anticipada de los libros, habiendo manipulado más de cuarenta o cincuenta volúmenes; ese libro en particular había despertado en mí los más ardientes deseos de quedármelo para siempre. Llegó el día de la subasta. Como el destino lo dispuso este ejemplar de *La Peau de chagrin* fue precedida por un conjunto completo de sus ilustraciones impresas separadamente en papel india. Los ofertantes estaban sentados a lo largo de una mesa; en la diagonal al frente mío se sentó el hombre que fue el centro

11 *La Peau de chagrin* [La piel de zapa]: una de las novelas más célebres de Honoré de Balzac (1799-1850), en la que una mágica pieza de cuero cumple los deseos de un hombre, a cambio de disminuirle su vitalidad física hasta ocasionarle la muerte.

12 Emil Hirsch (1866-1954) fue un famoso librero anticuario que se inició a órdenes de Jaques Rosenthal en Múnich, para luego abrir su propio negocio en la Karolinenplatz de esa misma ciudad.

13 El blog *Librairie ancienne L'amour qui bouquine-Bibliophilie – Beaux livres anciens et modernes* (<https://goo.gl/LJYWai>), menciona como diseñadores de las ilustraciones a "Baron, Janet-Lange, Gavarni, Français, Marckl" y como grabadores a "Brunelière, Nargeot, Langlois (...) Félicie Fournier (...) Janet-Lange".

de atención de todas las miradas en la primera oferta, el famoso coleccionista de Múnich, el Barón von Simolin¹⁴. Él estaba ampliamente interesado en este conjunto de ilustraciones, pero tenía varias ofertas rivales; en breve, hubo una acalorada competencia que produjo la más alta oferta de toda la subasta — muy superior a los tres mil marcos imperiales—. Nadie parecía haber esperado semejante suma, y todos los presentes estaban muy emocionados. Emil Hirsch permaneció tranquilo, y ya sea que quisiera ahorrar tiempo, o que estuviera motivado por alguna otra consideración, prosiguió con el siguiente artículo, sin ninguna persona que le prestara realmente atención. Anunció el precio, y con mi corazón palpitando acelerado y la fuerte convicción de mi incapacidad para competir contra cualquiera de esos grandes coleccionistas ofrecí una suma algo mayor. Sin despertar el interés de los demás participantes, el anfitrión siguió la rutina de costumbre —“¿Alguien da más?” y los tres golpes de su mazo, con una eternidad que pareció separar a cada uno del siguiente— y procedió a añadir el recargo de subasta al precio final de la venta. Para un estudiante como yo, la suma era aún considerable. Lo que pasó la mañana siguiente en la tienda de empeño no forma parte de esta historia, y prefiero ahora hablar de otro incidente al que quisiera describir como lo negativo de una subasta. Sucedió el año pasado en una subasta de Berlín. La colección de libros ofrecidos era una miscelánea en cuanto a la calidad y a los temas, y solo un número de libros raros sobre ocultismo y filosofía natural eran dignos de notar. Ofrecí por algunos de ellos, pero cada vez me percataba de un caballero en la primera fila que parecía solo estar esperando por mis ofertas para oponerse con las suyas, evidentemente dispuesto a superarme. Después de que esto se repitió varias veces, había ya perdido cualquier esperanza de adquirir el libro que más me había interesado de ese día. Se trataba del raro *Fragmente aus dem Nachlass eines jungen Physikers*¹⁵ que Johann Wilhelm Ritter había publicado en dos volúmenes en Heidelberg en 1810. Este trabajo nunca ha sido reimpresso, pero siempre he considerado su prefacio, en el que el autor-editor cuenta la historia de su vida a la manera de una necrología para su amigo anónimo supuestamente fallecido —que es realmente idéntico a él— como el más importante ejemplo de prosa personal del romanticismo alemán. Justo cuando el ítem se mostró tuve una brillante idea. Esta resultaba simple: ya que mi oferta inevitablemente entregaría el artículo en las manos del otro hombre, no debería hacer ninguna oferta. Me controlé y permanecí en silencio. Lo que esperaba resultó: ningún interés, ninguna oferta y el libro fue retirado. Me pareció oportuno dejar pasar algunos días, y cuando aparecí en el estableci-

-
- 14 Rudolf Barón de Simolin (1885-1945), coleccionista de obras de arte y mecenas. En su colección se contaban cuadros de pintores de la talla de Cézanne, Degas, Derain, Renoir, van Gogh, Kokoschka, Liebermann, Beckmann, entre otros.
- 15 Fragmentos póstumos de un joven físico de Johann Wilhelm Ritter (1776-1810), científico y filósofo alemán, que destacó por sus investigaciones sobre el galvanismo, la pila voltaica y la electroquímica. Descubridor de los rayos ultravioleta en 1801.

miento después de una semana, encontré el libro en la sección de ejemplares de segunda mano y me beneficié de la falta de interés al adquirirlo.

Una vez que nos hemos aproximado a las montañas de cajas con el propósito de sacar los libros y traerlos a la luz del día —o más bien, de la noche—, ¡cuántos recuerdos surgen en uno! Nada resalta más claramente la fascinación de desempacarlos que la dificultad de detener esta actividad. Empecé al mediodía, y llegó la medianoche antes de que pudiera llegar hasta las últimas cajas. Ahora pongo mis manos sobre dos volúmenes encuadernados con tapas descoloridas que, estrictamente hablando, no deberían estar en un cajón de libros: dos álbumes con cromos que mi madre había pegado de niña y que yo he heredado. Son las semillas de una colección de libros para niños que siguen creciendo aún hoy, aunque ya no en mi jardín¹⁶. No existe una biblioteca que no contenga un número de creaciones poco comunes parecidas a un libro. No es necesario que sean álbumes de cromos o familiares, libros de autógrafos, pandectas o textos edificantes; algunas personas se sienten ligadas a volantes y prospectos, otros a facsímiles de manuscritos o a copias tipografiadas de libros imposibles de conseguir; y por supuesto las publicaciones periódicas pueden formar los bordes prismáticos de una biblioteca. Pero regresando a aquellos álbumes: actualmente la herencia es la forma más consistente de adquirir una colección. Puesto que la actitud de un coleccionista hacia sus posesiones se deriva de un sentimiento propio de responsabilidad hacia su propiedad. Esta es, en el más alto sentido, la actitud de un heredero, y el rasgo más distintivo de una colección siempre será su heredabilidad. Deberán saber que al decir esto me doy cuenta plenamente de que mi discusión del clima mental del coleccionar reafirmará en cualquiera de ustedes sus convicciones acerca de que esta pasión, desde el principio de los tiempos, produce desconfianza hacia el personaje del coleccionista. Nada está más alejado de mis propósitos que el cuestionar las convicciones o desconfianzas de ustedes. Pero debe notarse una cosa: el fenómeno de coleccionar pierde su significado cuando pierde a su propietario. Aun cuando las colecciones públicas pueden ser menos objetables socialmente y más útiles académicamente que las colecciones privadas, los objetos adquieren su valor solo en estas últimas. Sé que el tiempo se acaba para el personaje acerca del que discuto aquí, y que he representado para ustedes, un poco *ex officio*. Pero, como lo dijo Hegel, solo cuando llega la oscuridad, la lechuza de Minerva alza su vuelo. Solo en su extinción es comprendido el coleccionista.

Ahora estoy en la última caja a medio vaciar y hace tiempo ha pasado ya la medianoche. Otros pensamientos me ocupan, diferentes de aquellos de los que hablo aquí —no pensamientos, sino imágenes, recuerdos—. Recuerdos de las ciudades en las que encontré tantas cosas: Riga, Nápoles, Múnich, Dan-

¹⁶ Benjamin alude con seguridad a la colección de libros infantiles que pasó a propiedad de su exesposa luego de su divorcio en 1930.

zig, Moscú, Florencia, Basilea, París; recuerdos de los suntuosos salones de Rosenthal¹⁷ en Múnich; del Stockturm¹⁸ en Danzig, donde el difunto Hans Rhaue¹⁹ residía; del húmedo sótano de libros de Süssengut al norte de Berlín; recuerdos de los cuartos en los que estos libros han sido alojados, de mi cuartucho de estudiante en Múnich, de mi habitación en Berna, de la soledad de Iseltwald en el lago de Brienz, y finalmente de mi cuarto de infancia, la antigua ubicación de tan solo cuatro o cinco de los varios miles de volúmenes arrumados a mi alrededor. ¡Suerte del coleccionista, suerte del hombre en privado! Nadie ha sido menos querido, y nadie se ha sentido más a gusto que aquel que fue capaz de llevar su mal reputada existencia²⁰ detrás de la máscara del "Ratón de biblioteca" de Spitzweg. Porque en su interior hay espíritus, o por lo menos geniecillos, que se encargan de que para el coleccionista —y me refiero a un verdadero coleccionista, a un coleccionista como debe ser— la propiedad sea la relación más íntima que pueda tener con los objetos. No es que estos cobren vida en él; él es quien vive en ellos. Así que he levantado una de sus moradas, con libros como bloques de construcción, ante ustedes, y ahora el coleccionista desaparecerá en ella, como es pertinente.

17 Se refiere al edificio de la librería anticuaria de Jacques Rosenthal (1854-1937), ubicada en la Brienner Strasse en Múnich. Construido entre 1909-1911, llegó a ser uno de los edificios más representativos de la ciudad. Destruído por los bombardeos de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, fue luego reconstruido.

18 El Stockturm und Peinkammer (Torre de la prisión y Casa de la tortura; Wieża Więzienna i Katownia en polaco) es un complejo edificado a mediados del siglo xiv como parte de las fortificaciones que rodeaban la entonces ciudad alemana de Danzig (actual Gdansk en Polonia).

19 Hans Rhaue, autor de *Das Exlibris. Ein Handbuch zum Nachschlagen* [Exlibris: un manual de referencia], editado en Zürich en 1918, y del folleto *Der Stockturm in Danzig* [El Stockturm en Danzig], publicado en esa ciudad en 1923 y 1924.

20 Al respecto, Anatole France escribió: "La afición a los libros es una afición laudable. Nos hemos burlado de los bibliófilos y después de todo quizá se presten a burla: es el caso de todos los enamorados. Pero sería preferible envidiarlos, puesto que han llenado su vida de larga y apacible voluptuosidad" (*El jardín de Epicuro*. Buenos Aires: Biblioteca Las Grandes Obras. Sin año de edición. p. 57).